

y en practicar por ese mismo amor las virtudes fervorosamente, ofrecieron al mundo el espectáculo tierno de la perfeccion cristiana en neófitos y recién convertidos. Era sobre manera edificante ver á todos estos reunirse los dias festivos en las plazas ó en otros lugares que les estaban designados y recorrer las iglesias inmediatas en procesion, cantando en su lengua los salmos ó las letanías. Era edificante, repetimos, observar con cuánto recogimiento se acercaban á los sacramentos y con cuánta sencillez cumplian todas las obligaciones que impone la fe de Jesucristo á los que la profesan. Esta es la época que podemos llamar de oro para las misiones de la América central.

Pero el fervor de otros, pasando mas adelante todavía, les apartaba del trato con sus semejantes, les llevaba á los montes y al corazon de las selvas, y, á la sombra de alguna pequeña ermita dedicada á la Virgen entre rocas inaccesibles, les hacia consagrarse á la vida eremítica con el rigor mismo que los anacoretas primitivos. Algunos escritores nos han conservado noticias aunque escasas de esas lauras del Nuevo Mundo (1). Aun existen los vestigios de esos lugares de santificacion regados por tantas lágrimas que arrancaban al corazon los crueles desengaños y el arrepentimiento humilde. Para un siglo orgulloso, para hombres sin fe, esto nada vale; mas para nosotros y para cuantos estiman en su verdadero valor la religion, son como piedras preciosas escondidas en profundas cavernas y donde no las busca sino quien conoce su mérito.

(1) Véase la obra del P. Juan de Rivas sobre los penitentes de Chocama.

CAPÍTULO XXXVI

Servicios prestados por la Iglesia. — Todo lo que existe en América en beneficio de la civilizacion á ella es debido. — Las órdenes religiosas. — Los hospitalarios belemitas. — Una observacion. — ¿La revolucion hizo ganar acaso á los pueblos de la América central? — Atraso y malestar. — Guatemala. — Elementos que obran una reaccion favorable.

¿Qué era el continente americano cuando apareció en él la religion cristiana? La respuesta que da la historia á esta pregunta, mostrándonos en Méjico esos sacrificios que arrebatában anualmente cien mil victimas al linaje humano, para inmolarlas sobre las aras de los ídolos y para alimentar la gula de los ricos y la codicia de los sacerdotes; en Chiapas, Guatemala y Honduras, esos oratorios dedicados á los reptiles mas inmundos y repugnantes, con sus sacerdotisas ocupadas en quemar delante de sus imágenes resinas olorosas; y en Chile, ese terrible Proculon, cuyas ceremonias representan al hombre bárbaro con todas sus tendencias crueles y sanguinarias; en todas partes, esa ausencia total de conocimientos que arrastran al ser mas noble que crió Dios en la tierra

al fango de los vicios, y la reunion, en fin, de cuantas circunstancias pueden concurrir para abatir y humillar la condicion humana, esa es, decimos, la respuesta mas enérgica y mas elocuente que puede darse, á la par que es tambien la que mejor explica el servicio eminente prestado por el cristianismo al derramar en tan dilatadas regiones las luces de la fe. Los sacrificios humanos cesaron, los huesos y los esqueletos de las victimas que puestos en órden decoraban los atrios de los adoratorios, no se divisarán en ninguna parte, ni el humo se elevará de los altares dedicados á animales inmundos, y, en fin, ni los bosques, ni los prados ofrecerán á la humanidad, con la extension que ahora dos siglos, el espectáculo triste de millares de hombres sumidos en la barbarie y huyendo de la sociedad de los que pudieran ilustrarles. Empero, no se crea que solo á este beneficio quedaron reducidos los que derramó en el continente americano la Iglesia católica; considerando uno á uno los elementos que forman y engrandecen á las naciones, encontraremos su mano creando, dirigiendo y perfeccionando cuanto en su vasto territorio hay de grande y de benéfico. En lo moral se ven esos suntuosos establecimientos, creaciones de los obispos y destinados á la educacion de la juventud pobre y desvalida; esos asilos de la piedad, del fervor y del arrepentimiento, y esos lugares de refugio abiertos para la miseria, el dolor y la adversidad. En lo intelectual se nos presentan tantas universidades, tantos colegios, tantos seminarios, tantos convictorios y tantas academias, nacidos unos á la sombra de las iglesias y que crecieron y se desarrollaron

otros bajo la proteccion de los institutos religiosos. Hasta en lo material encontramos en todos los Estados de América vestigios del celo y del amor con que los obispos merecieron el título de *Padres del pueblo*. Caminos públicos, puentes sobre los rios, calzadas para defender las ciudades de las inundaciones, acueductos para proveer á estas de agua, obras han sido que acometieron aquellos y concluyeron felizmente en diversos Estados de la América, obras que subsisten todavía y son el monumento imperecedero de su solicitud paternal. ¿Y quién engrandeció los pueblos con los edificios que son hoy su mejor ornato? ¿Quién abrió y dotó las mas copiosas bibliotecas? ¿Quién fabricó los templos y los adornó con bellas pinturas, estatuas y halajas preciosas? Tantos monumentos, tantas obras, tantas y tan primorosas instituciones que los americanos no podrán ménos que recordar siempre con noble orgullo y son trabajo del hombre de Dios y del ministro de Cristo, nos dan derecho para decir de la América lo que historiadores incrédulos no pudieron ménos que confesar de la Francia y de todas las naciones de Europa, á saber : « Que la Iglesia ha civilizado las Américas y que estas á ella lo deben todo. » Empresa imposible acometeria quien quisiese individualizar esos trabajos y presentar su resultado en cada pueblo, en cada provincia y en cada nacion. Cuando los sabios de la América se dediquen á reunir los materiales que deben formar la historia del Nuevo Mundo, cuando se hagan prolijas indagaciones sobre el curso que siguió la civilizacion en cada uno de los Estados que existian gobernados por caciques ó reye-

zuelos, así en el norte como en el mediodía, entonces podremos conocer en toda su extension los esfuerzos gigantescos de la Iglesia y de sus ministros por hacer felices, aun aquí en la tierra, á los pueblos que rescataban de la ignorancia y de los vicios y dirigirlos hácia el cielo por el camino de la justicia y de la verdad. Miéntras tanto, los que viajen por aquel vasto continente, los que penetren al traves de sus desiertos, crucen sus montañas, sigan el curso de sus rios y visiten lo mas espeso de sus bosques, esos solamente podrán conocer y juzgar hasta dónde han llegado aquellos esfuerzos, estudiándolos en los vestigios que encontrarán en todas partes.

• Las órdenes religiosas fueron en la América central el instrumento poderoso de la civilizacion. ¿Quién no participa de ese entusiasmo prodigioso que revelan las empresas del venerable Bartolomé de Las Casas, leyendo la relacion de sus trabajos, de sus persecuciones y de sus fatigas inmensas soportadas en Chiapas, Cumaná, Yucatan, Honduras y Guatemala? Cuando se ve á unos pocos hombres, á tres mil leguas de su patria, luchando á un tiempo con la barbarie de los indígenas que trataban de evangelizar, con el despotismo y la ambicion de los europeos que necesitaban reprimir, con los elementos de la naturaleza en países enfermizos y bajo climas fuertes y variables, entonces se comprende toda la abnegacion y todas las virtudes que caracterizaron á los religiosos que introdujeron en la América central la luz del Evangelio. Guatemala, San Salvador, San José, Granada, Leon y todas las ciudades y grandes poblaciones que allí se encuentran, fruto fueron en su principio del

celo y de la constancia de los misioneros mejor que del poder de las armas españolas. ¿Cuántos rasgos de beneficencia, de amor á sus semejantes y de caridad sin límites nos recuerdan esos monasterios que medio arruinados y casi desiertos encontramos hoy en aquellas? ¿Quién al visitar sus templos y sus claustros no ha pensado un momento que hubo época en que bajo esas bóvedas hoy desplomadas y dentro de esos muros ya deruidos habitaban los intrépidos varones que recorrían la tierra solos y sin otras armas que su breviario; que conocían por su nombre á los indígenas, les hablaban en su lengua, oían sus quejas, les consolaban en sus aflicciones, les instruían con paciencia admirable, educaban sus hijos, eran sus consejeros, sus padres y sus amigos; que procuraban siempre la paz, y que, en fin, habrían movido los ánimos de todos á la guerra cuando hubiesen querido? Si los recuerdos pudiesen como desaparecen las obras materiales que edifican los hombres, todas esas virtudes que en otra época ilustraron los claustros de Centro-América habrían corrido igual suerte que los monasterios que sirvieron de refugio á los individuos que las practicaban en beneficio del género humano; mas no sucede así, las construcciones suntuosas, los templos magníficos que levantaron aquellos para gloria de Dios han podido arruinarse, caer los hospicios que con indecible fatiga construyeron para favorecer la indigencia de los ancianos, de los huérfanos y de las viudas, y borrar hasta los vestigios de los caminos, puentes y calzadas que en diferentes lugares construyeron para facilitar la concurrencia de los feli-

greses á la mision, para beneficio de los viajeros y para estrechar las relaciones de los pueblos; mas la memoria de los hombres que trabajaron por los demas con tanta abnegacion, constancia y desinteres, no perecerá, sino que vivirá eternamente.

Recuerdos numerosos de otro género legaron tambien á Guatemala los hermanos Hospitalarios que nacieron en su seno, bajo el nombre de Belemitas. El fervor evangélico habia echado raices tan profundas en los pueblos americanos, que no fué difícil al fervoroso Betancourt encontrar compañeros en la empresa heroica de ligarse con voto á la asistencia de los enfermos, aun cuando fuesen estos de males contagiosos y corriese riesgo su propia vida. La ciudad de Guatemala protegió eficazmente la nueva congregacion; personas acaudaladas corrieron á alistarse entre los primeros hermanos, y el fundador no tardó en pedir y obtener la aprobacion del Sumo Pontífice para su instituto, que poco despues fué numerado entre las órdenes religiosas. Méjico, el Perú, Nueva Granada y hasta las provincias argentinas llegaron á tener casas de esta orden americana, cuyos congregados, como hemos notado en otro lugar, se distinguieron por la severidad de sus costumbres y el desempeño exacto de las obligaciones de su profesion.

Muy gloriosas son para el catolicismo estas fundaciones que su virtud produjo en una tierra virgen y donde su palabra fecunda habia caido recientemente. En países no muy distantes de Guatemala donde domina el protestantismo nacieron, es verdad, casas de asilo y hospitales para socorro de los pobres; empero, una gran diferencia existe entre

estas instituciones hijas de la filantropía y las que hizo brotar la caridad que entraña el espíritu del catolicismo. En los hospitales protestantes sus fundadores instituyeron rentas para asalarial sirvientes que cuidasen de los enfermos y médicos que los visitasen; pero ni á estos ni á aquellos pudieron inspirarles sentimientos de caridad que les diesen compasion, ternura y amor hácia los pacientes cuyo cuidado les confiaban, y ese hombre asalariado no pasará adelante despues de llenar las obligaciones que le impone su contrata. ; Cuántas veces hice yo esta observacion visitando esos hospitales donde la decantada filantropía inglesa recibe á los indigentes para asistirlos y curarlos! En ellos se encuentran, si se quiere, las conveniencias que puede proporcionar el dinero, la vigilancia de los superiores y un reglamento severo que haga por temor cumplir con sus deberes á los empleados; pero no se encuentra esa caridad que inflama el corazon cristiano y hace sacrificios por amor á sus semejantes; pero no se encuentra esa caridad que liga al individuo con voto á servir á su prójimo y á morir víctima de ese mismo amor si necesario fuese; pero no se encuentra esa caridad que une á todos los cristianos con vínculos estrechos y muestra á cada hombre un hermano en cada uno de sus semejantes. Mas aquella heroica institucion de hermanos belemitas fué arrebatada de la América como una de esas hermosas flores que arranca el aluvion; una cédula de la regencia de España la suprimió, privando á los americanos de los consuelos que les dispensaba esa congregacion nacida en su mismo continente. Los hospitales de los belemitas fueron mandados ceder á los Hospi-

talarios de San Juan de Dios, de suerte que poco tiempo despues nada quedó que recordase la existencia de aquellos, fuera de sus heróicas virtudes que tantas bellas páginas dejaron escritas en el gran libro de la caridad.

Frecuentemente se ha preguntado si los Estados de la América española ganaron algo con su independenciam, porque nada importa para los pueblos adquirir nombres estériles, si no gozan los bienes que significan esos nombres. No queremos medir la prosperidad y el bienestar de unos Estados por las circunstancias de otros, ni ménos asegurar que todos sean infelices porque muchos lo son; pero si diremos que la condicion de la América fué mejor que lo es hoy cuando tuvo paz, y cuando, á la sombra de ese bien inapreciable, los elementos que causan la prosperidad de los Estados se acumulaban allí; si diremos que el grito de revolucion excitó mil pasiones, despertó mil aspiraciones y sembró mil doctrinas funestas que mantendrán á los pueblos en perpetua agitacion y por consiguiente muy distantes de llenar el programa que se propusieron los verdaderos patriotas al proclamar la independenciam americana. ¿Importa algo acaso para los pueblos tener el nombre de repúblicas, si son en realidad presa de la anarquía ó gimen bajo el despotismo? No, y donde esto suceda la república no se habrá realizado, ni los ciudadanos serán mas republicanos que los súbditos de los gobiernos del Africa central, cuyos jefes, sin llamarse reyes, tienen en realidad tanto poder como el que ejercen los soberanos mas absolutos en sus monarquías. Nosotros vemos la felicidad de los Estados en el orden, en la estabilidad de las instituciones, en la sobe-

rania de las leyes, en la justicia de los magistrados y en el castigo severo de los gobernantes que traspasen sus atribuciones con ofensa de los ciudadanos y agravio de las leyes; pero cuando esto no sucede y en su lugar los Estados presencian la arbitrariedad y la injusticia triunfantes, el trastorno continuo del orden establecido por favorecer intrigas de partido, y el mas lamentable abandono de los intereses de la patria por cuidar lo que á la patria misma ofende y perjudica, entónces la república no existe ni pueden llamarse republicanos tales Estados.

La América central ha sido víctima durante largos años de mil convulsiones violentas que le acarrearón atraso y malestar, atraso y malestar tanto mas lamentables cuanto han causado la ruina de algunas de sus secciones que carecen de medios para restablecer en su seno el orden y la obediencia á las leyes; ¡tan profundas fueron las consecuencias de sus males! Guatemala, la mas feliz por haberle cabido en suerte una administracion que supo aprovechar los elementos de felicidad pública y dar solidez á las instituciones, es á la vez la que cuenta en su favor con medios mas eficaces para marchar adelante en las vias del verdadero progreso. Allí se ha dado mayor ensanche que en otras partes á la accion de la Iglesia, aun cuando esta no sea todavia completamente libre. Un concordato concluido por esta república y la de Costa Rica con la Santa Sede, aseguró á los obispos la posesion de muchos derechos que les habian sido usurpados entre los trastornos de la guerra civil. Las comunidades regulares han vuelto á organizarse y á marchar aunque débilmente y como el individuo que recién deja el lecho en que

le postró una larga y penosa enfermedad; los jesuitas abrieron su colegio cerrado hacia casi un siglo é hicieron oír de nuevo su voz en medio de una juventud ansiosa de instruccion y de un pueblo que invadía presuroso los templos para escuchar de ellos los documentos de vida eterna. Si Guatemala sigue aprovechando estos elementos, si les da mayor ensanche protegiéndolos decididamente, entónces habrá asegurado su bienestar politico, fundado sobre su bienestar religioso y moral. ¡Ojalá que así suceda! nosotros lo deseamos ardientemente.



CAPÍTULO XXXVII

Elementos de mal. — Divisiones infinitas. — La union constituye la fuerza. — Invasion norte-americana. — ¿Había derecho en los invasores? — ¿Lo hubo en los que les concedieron proteccion? — ¿Anexionistas? — ¿Qué debemos juzgar de estos? — Conducta de las repúblicas hispano-americanas en estas circunstancias.

¿Cuál es el origen de tantos males que pesan hoy sobre la humanidad, tan copiosos como el licor vertido por los ángeles del Apocalipsis, y que acarreó su ruina á cuantos experimentaron su funesta influencia? Por todas partes oímos los ayes dolorosos de la desgracia y percibimos las lágrimas que derrama el corazón afligido por las amarguras de la adversidad. Recordando que habitamos un valle de miserias y advirtiendo que sobre nosotros pesa la maldición terrible fulminada contra nuestro comun padre, no necesitamos indagar el origen de tantos infortunios. Comprendemos que en nosotros mismos está la fuente de un gran mal y que, adonde quiera que nos dirijamos, allí irá tambien para confundirnos cada vez que lleguemos á olvidar que so-